una mujer. Dios y los hombres lo habían abandonado en la desastrosa senda de la desesperación.

Queriendo ocultar la emoción que lo dominaba, no considerando suficientemente densa la sombra de la noche, se echó á andar sin rumbo por el sendero.

Pasaron algunas horas, el huracán se había calmado, solo se veían á la luz primera de la mañana los destrozos del vendaval.

El bosque tenía tramos estensos de árboles desarraigados y hasta las piedras parecía que habían cambiado de sitio.

—Ya es hora, dijo un oficial á Vildo; si quiere rezar alguna cosa hágalo, porque ya lo vamos á fusilar.

—Para luego es tarde, contestó el insurgente; pero su voz se hizo trémula y su rostro tostado por el sol tomó un color ceniciento.

Caifás parecía comprender lo que iba á pasar, porque se puso delante de Vildo, amenazando devorar al que osase tocar á su amo.

Vildo hincó una rodilla, y tendió el brazo conteniendo á su fiel amigo, que ahullaba husmeando la muerte.

Los soldados de la escolta avanzaron.

El insurgente abrió su camisa mostrando su pecho desnudo lleno de cicatrices cosechadas en el campo de batalla.

—Buena puntería, dijo á los soldados, que no quiero padecer mucho.

—¿Nada tiene que ordenar? podemos hacer llegar un recado á su familia.

—Mi familia, dijo Vildo, son los soldados mis compañeros, no he conocido jamás otra; en cuanto á dejar algo, no tengo más ropa que la puesta, y eso vá á quedar inservible con las balas: lo que les ruego es que me entierren con mi *machete suriano*, ese me ha librado muchas veces la vida, y quiero que duerma conmigo debajo de la tierra.

—Concedido, dijo el oficial.

Vildo balbució algunas palabras: seguramente rezaba una oración en aquel trance fatal, hizo la señal de la cruz, se santiguó el rostro, y esperó sereno el último trance.

Oyóse una descarga que resonó en el fondo de las montañas... Vildo el insurgente acababa de expirar, revolcándose en aquella sangre derramada tantas veces en los campos de la patria...

Jacinto escuchó la detonación, y lanzó su caballo por si podía escapar de la muerte á los otros prisioneros.

Envuelto en la negra túnica de sus remordimientos, se olvidó de que había dado la orden fatal; cuando llegó al sitio los insurgentes habían sido ejecutados.

IV.

El general Guerrero envió á Piedra-Santa con un destacamento en busca de la *conducta*, que ya suponía en camino.

Serían las once de la mañana cuando José de la Luz descubrió la avanzada del general Guerrero.

—Señor, dijo al coronel Piedra-Santa, es necesario auxiliar á Vildo, que ha quedado con una fuerza muy corta cubriendo nuestra retirada.

—¿Cuantos hombres tiene?

—Doce apenas; lo primero es lo primero, se trataba de salvar las monedas, y ya están aquí sanas y salvas: ahora volvámonos, porque los realistas deben estarlo atacando.

—¡En marcha! gritó don Alfonso, y ustedes muchachos singan con la *conducta* adelante, ya todo el camino está seguro y bien escoltado.

La caballería insurgente salió á escape en auxilio de sus compañeros, auxilio tardío, porque todos habían caído bajo el golpe inexorable de la muerte. Después de cuatro horas llegaron al lugar de las ejecuciones.

Unos montones de tierra recien escabada indicaba las tumbas de los insurgentes.

Cuando *Caifás* reconoció á José de la Luz, comenzó á ahullar espantosamente y á cavar la sepultura con un ahinco ardoroso.

La cabeza de Vildo apareció ensangrentada y destrozada por el plomo. José de la luz se tiró en el suelo dando de alaridos y diciendo imprecaciones y blasfemias.

—¡Infame! murmuraba Piedra-Santa, has asesinado á tu padre, has abierto la tumba á la infeliz á quien debiste el ser, y á mí me has arrebatado al hijo de mis entrañas y á la mujer de mi amor... ¡has sido el azote de tu familia, el verdugo de los tuyos!... hoy me arrebatas á un hermano, á un compañero de tantos años, á un soldado de la patria... ¿y el cielo estará sordo á tantos crimenes?... ¿y no guardará un rayo de su justicia eterna para aniquilar á este miserable?...

Los insurgentes todos estaban demudados y con los ojos llenos de lágrimas. Vildo era uno de los patriotas más queridos y el mejor de los amigos.

—¡En marcha! gritó Piedra-Santa.

José de la Luz cubrió el cadáver con la tierra que el perro había esparcido, plantó una cruz de ramas, besó el suolo, y se alejó llorando como un niño.

Caifás no quiso separarse de aquel sitio, quedó echado sobre la sepoltura velando el cadáver de su amo.

CAPITULO XII.

De cómo se encontraron tres señores virreyes en el territorio de Nueva-España.

I.

La voz de independencia dada en Iguala resonó en los ámbitos de América como el acento poderoso de la resurrección de un pueblo. El pensamiento de Hidalgo había tomado la grandiosa forma que el anciano de Dolores le había dado en esa concepción gigante de su cerebro.

Los enemigos encarnizados de la libertad venían á rendir sus banderas, á confesarse vencidos delante de las tumbas de los mártires, y á venerar esas cenizas como las de los dioses del mundo nuevo, que

aparecía saliendo del caos de la esclavitud para girar en la esfera luminosa de la libertad. El destino había unido las fuerzas contrarias, y la palanca se había movido con un poderoso esfuerzo. La luz y las tinieblas produjeron la aurora.

Los enemigos del progreso quisieron arrebatar á la España liberal estos dominios, y los partidarios de la independencia se aprovecharon de su encono para romper las cadenas de esa ancla, que sujetaba á la nación como á una nave á las rocas del suelo estraño. Salió el sol, dió de lleno sobre el manto de las tieniblas, y apareció la verdad, resplandeciente como un destello de la mirada de Dios.

La política es como el Océano: tiene un momento de calma y trasparencia en que se vé su seno, como si el agua fuese la atmósfera azul del firmamento.

Amigos y enemigos, propios y estraños, sintieron su alma tocada por el sentimiento de esta grande verdad: «La independencia et ya un hecho en América;» entonces la desesperación más horrorosa se apoderó de esos corazones, sacudidos por el aire infesto de la venganza; maldijeron su política, se encontraron burlados en sus planes, desconcertados en sus previsiones y perdidos para siempre.

Habían soñado en un nuevo reino, para entregarlo al absolutismo y tiranía de los Borbones, y se les escapaba de las manos como una esfera de fuego que entraba en la órbita de las nacionalidades.

Dijeron anatema al plan de Iguala; pregonaron desde luego que todo era una superchería de los insurgentes, un insulto á su rey; pero aquel grito llegó tarde, ya no había quien pudiera escucharle.

La capital de la colonia estaba conmovida profundamente; los movimientos del ejército trigarante eran sabidos, á pesar de una policía de Argos, que trataba de desvanecerlo todo.

En el palacio del virrey se recibían continuas comunicaciones de pronunciamientos, porque las ciudades, los pueblos, las aldeas más pequeñas, se levantaban á la voz de independencia, renovándose los gloriosos tiempos de Hidalgo. Todos hablaban de las peripecias sangrientas de los once años; todos pretendían haber concurrido á las batallas, y el espíritu de nacionalismo se exaltaba al grado más alto, enmedio de aquella efervescencia patriótica y entusiasta.

Los españoles y realistas hacían esfuerzos desesperados por contener aquel desbordamiento uniiversal; pero en vano, porque el volcan estaba en plena erupción.

Bustamante proclama la independencia en el Bajío; marcha el ejército á Guanajuato, y delante de aquellos monumentos sagrados, piedras constructoras de la columna de nuestras glorias, se santifica la memoria de los mártires de 1810; se arrancan las jaulas de hierro donde yacían las cabezas venerandas de nuestros héroes, y se les coloca en los altares de la patria.

Allí Iturbide, el vencido del Monte de las Cruces, rinde sus homenajes á Hidalgo, como al hombre de aquella inmortal jornada.

Sigue Iturbide para Guadalajara, nada le detiene, pero su labio aún no pronuncia la verdad: sostiene aunque debilmente los artículos del plan de Iguala, que el pueblo ha roto ante el pensamiento de su emancipación.

Iturbide se presenta en el lugar de su cuna, en esa heróica tierra de Michoacan, en ese santuario de la libertad: allí se resisten los realistas; pero sucumben luego á los horrores de un sitio, y la bandera trigarante es saludada por las auras que mecieron la cuna de Morelos.

Aquel torrente, impulsado por la mano de Dios, atraviesa victorioso por el seno de la nación: solo á su aspecto se rinden los ejércitos y las ciudades; San Julian depone sus armas, y la histórica ciudad de Querétaro se entrega en los brazos de sus libertadores, después de las conmociones de un sitio.

Líbrase una batalla en las inmediaciones de Toluca, en que un gran núcleo de fuerzas realistas son despedazadas: aquella causa estaba sentenciada y entraba en agonía.

El país entero estaba en conmoción: nuevos héroes aparecen en la lisa; Victoria, ese rayo de las batallas, disputa sus laureles al enemigo; Santa-Anna se apodera del puerto de Alvarado: joven aun y ardoroso, se vuelve sobre Jalapa y toma la ciudad, se fía en su fortuna, y asalta Veracruz, de donde es rechazado en un combate terrible.

Don Nicolás Bravo, el hijo de aquel sublime mártir que fué agarrotado en una de las plazas de México, está con los suyos, como en los días de Morelos y de Galeana, renovando su nombre en los combates.

Le pone sitio á Puebla, y la hace capitular: allí se reune Iturbide con sus tropas, y formando un ejército poderoso converje hacia el centro, hacia la capital, foco de sus esperanzas y último término de su jornada histórica.

II.

Como acontece en las situaciones extremas, la alarmada corte de México acometida del pánico, comenzó á sospechar de los suyos, y acusó de complicidad con los insurgentes al virrey Apodaca.

No pudiendo aquella turba de cortesanos salir al encuentro de Iturbide, se contentaba con hacer conspiraciones que hacían más desesperada su situación.

El conde de Venadito era un hombre leal y honrado; pero no tenía el talenlo suficiente ni los conocimientos para resolver crisis tan tremenda.

El día 7 de Julio 1821, entre nueve y diez de la noche, se advirtió que fueron saliendo de sus cuarteles, tropas del regimiento de Ordenes Militares, del de Castilla é Infante D. Cárlos, que silenciosamente se dirigieron al palacio del virrey, ocupándole una parte y rodeándole otra.

La misma operación practicó el regimiento de Marina, y en frente de la plaza se situó la primera compañía de los dragones *Defensores de la integridad de las Espanas.*

El virrey estaba tranquilo presidiendo una junta de Guerra, cuyos vocales eran los mariscales de campo Novella y Liñan, el coronel Espinosa y el ingeniero Sociato.

Un oficial de guardias entró en la cámara virreinal.

—¿Hay alguna novedad? preguntó Apodaca.

—Señor, dijo el oficial, el coronel Buccelli y otros jefes pretenden hablar á V. E.

—Que esperen.

—Es que insisten de una manera que...

Alteróse visiblemente el semblante de Apodaca, y dijo con voz trémula:

—Que pasen.

El oficial salió inmediatamente.

La puerta se abrió, y un grupo de jefes acaudillados por Buccelli se presentó ante la autoridad real.

El cabecilla era impetuoso, se adelantó hasta el bufete, y dijo con acento claro:

—Señor: las cosas políticas han llegado á un extremo, en que es necesario ver definitivamente con quienes contamos en el último trance; los jefes de los cuerpos desconfían altamente de V. E.

Apodaca hizo un movimiento, pero se reprimió.

Buccelli continuó:

—Hay un gran disgusto con las rendiciones de varios puntos, y sobre todo con la sumisión de San Julian, en cuyas fuerzas estaba lo más florido del ejército español.

—Yo participo de ese mismo disgusto, dijo el virrey.

—Creemos que la mala administración ha hecho que se sacrifi quen inútilmente muchos de los soldados más distinguidos, y vemos adelantar sin obstáculo á Iturbide, en dirección á la capital.

—Ya se han tomado las medidas más convenientes para ese caso, y...

—Perdone S. E., dijo Buccelli interrumpiendo al Conde, nosotros venimos á suplicar á S. E. que resigne el mando; porque sus hombros son débiles para tanto peso.

El mariscal de campo Liñan se levantó indignado.

—¿Es esta la manera, dijo, de dar ejemplo de disciplina á vuestros soldados? ¿De cuándo acá le es permitido á un súbdito rebelarse contra los mandatos de su rey?... Señor coronel Buccelli, retírese usted á su cuartel y espere en él las órdenes de S. E.

—Señor, no es la determinación que ha tomado la tropa que guarnece la capital un acto de insubordinación, no, muy lejos estamos de ello; pero la idea de ver perdido el país, nos hace dar este paso, el tiempo nos justificará.

—Señor Buccelli, no está encomendada á la tropa la salvación del estado.

—En un naufragio todos tienen derecho de salvarse; nuestra existencia está comprometida, más aún que la causa de S. M.; yo en nombre de las tropas, declaro: que si el señor virrey, conde del Venadito, no se separa del mando resignándolo en uno de los subinspectores, su seguridad personal está amenazada.

El conde se levantó lleno de ira, y dijo al atrevido coronel:

Yo no tengo miedo á vuestras amenazas; firme en el apoyo de mi conciencia y en la rectitud de mis intenciones, permaneceré firme ante los eventos de esta situación tan terrible como se presente, y sucumbiré después de haber hecho el último esfuerzo.

—No podemos retroceder.

—Es vergonzoso que los mismos españoles dén este escándalo.

—No hay otro remedio.

—Bien está, no puedo oponerme á la fuerza, mi sangre sería estéril: el señor mariscal de campo Novella recibirá el mando, mientras yo doy parte á S. M.

El conde, que al principio se manifestaba inflexible, varió de rumbo repentinamente, reflexionando que los insurrectos le proporcionaban la salida mas honrosa que pudiera encontrarse en aquella situación.

Novella se rehusó agitado del propio pensamiento; pero la ambición del virreinato lo cegó, y quiso ser virrey aunque fuese la víspera del derrumbe.

Oíase muy cerca el tumulto de los soldados, que arrollaron la guardia de alabarderos, y en la plaza se escuchaban gritos de sedición.

Los oficiales repartían licores y dinero entre la tropa, y todo anunciaba el desorden más horrible.

—Señor Buccelli, dijo Apodaca, mitigue usted ese desorden puesto que nada tenemos que hablar.

—Es necesario que V. E. firme este papel en que está la renuncia.

Era ya demasiado ultraje para un hombre de honor. Apodaca tomó el pliego y lo hizo pedazos, y dirigiéndose á un escritorio, escribió de su puño y letra estas líneas histórica:

«Entrego libremente el mando militar y político de estos reinos á *petición respetuosa* que me han hecho los señores oficiales y tropas expedicionarias, y por convenir así, al mejor servicio de la nación, en el señor mariscal de campo don Francisco Novella, con solo la circunstancia de que por los oficiales representantes, se me asegure la seguridad de mi persona y familia, manteniendo la tropa de marina y dragones que tengo, y se me dé además la escolta competente para marchar al siguiente día á Veracruz para mi viaje á España, dejando á cargo de dicho señor Novella, con toda la autorización competente, dar las disposiciones y órdenes para la continuación del orden y tranquilidad pública, y entenderse en vista de esta cesión que hago, con las autoridades tanto eclesiásticas como civiles y militares del reino.

México, 5 de Julio de 1821.—*El Conde del Venadito.*»

El virrey Apodaca al trazar aquellos renglznes, ignoraba que su renuncia la hacía en nombre del porvenir, porque su nombre cerraría el catálogo de los virreyes de nueva-España.

III.

Los mexicanos que representaban á México en las Córtes Españolas, trabajaron sin descanso porque se nombrase primer jefe de la colonia al general don Juan O-Donojú, eminente liberal que llevaba en sus manos la marca del *tormento*, que la barbarie del rey le había impuesto en Sevilla, en la célebre causa del general Richard, sin que aquel hombre hubiese cedido á tan espantosa prueba.

O-Donojú saltó en Veracruz la mañana del 2 de Agosto, se enteró de los acontecimientos, se puso en contacto con Iturbide, y concurrió el 24 de ese mismo mes á la ciudad de Córdova, á la gran conferencia que señala la historia como la acta de la independencia mexicana.

Dice un testigo presencial, que acordada por Iturbide la traslación del general O-Donojú á Córdova, y dadas providencias para

que allí se le recibiera con el decoro correspondiente, para lo que se le mandó una lucida escolta de Puebla, comisionando el conde de San Pedro del Alamo y Marqués de Guardiola, que entendiese en su recibimiento; partió Iturbide para la villa de Córdova, donde llegó al ser de noche.

Apesar de esto y de estar lloviendo, salió mucha gente al camino á recibirle, la cual quitó las mulas del coche, y á brazo lo condujo hasta su posada, encontrándose iluminada la Villa.

Aguardábalo en su misma habitación el señor O-Donojú: ambos jefes rodeados de un brillante concurso, se abrazaron y dieron muestras de un cordial cariño.

Iturbide pasó á cumplimentar á la señora O-Donojú.

Al día siguiente, como día festivo, cada general oyó misa que se dijo en el altar privado de su casa: Iturbide pasó á la de O-Donojú, y antes de que se estendiesen los tratados y se tomasen los puntos, Iturbide dijo:

—Supuesta la buena fé y armonía con que nos conducimos en este negocio, supongo que será muy fácil cosa, que *desatemos el nudo sin romperlo.*

Dados los puntos, y encerrados en el despacho de O-Donojú dichos jefes con sus respectivos secretarios, el de Iturbide estendió el despacho.

Aprobose la minuta, y solo fueron tachadas por mano del español, algunas frases relativas á su persona y que ofendían su modestia.

Ese tratado no era otro que el plan de Iguala, con variaciones que no alteraban el pensamiento.

O-Donojú creyó dar un golpe de alta politica, y cayó en el lazo tendido hábilmente por los insurgentes.

Aquel hombre llegaba á las playas mexicanas investido de altos poderes, como el último eslabón de esa cadena de hierro candente que empezaba en Hernan Cortés, y se desprendía de las rocas americanas después de trescientos años, como un cable arrebatado por las olas.

O-Donojú firmó el pasaporte á la independencia de México.

IV.

Luego que el enviado de Fernando VII se retiró, Iturbide fué arrebatado por el espíritu gigante de la ambición.

Paseó su mirada audaz en torno de sí, se sonrió con desden, y exclamó con voz ahogada por el júbilo:

—¡He triunfado!... el pedestal de mi gloria se levanta... yo ascenderé sin temor, y una corona oprimirá mis sienes... dueño soy de ese ejército que me aclama, ¡mío es ese pueblo que me rodea!...

Luego volviendo una mirada hacia los papeles que estaban sobre el bufete, murmuró:

—¡Imbéciles!... creen que un pueblo ha luchado diez años para entregarse en las manos de sus verdugos... ¡aclamar á Fernando VII!... ¡miserables! es la última ofensa que podían hacernos... yo he trazado ese nombre para hollarle después, para escarnecerle... cederle un trono

que el pueblo me ofrece, arrojar a sus pies la corona... ¡nunca!... ¡nunca!...

Aquel hombre se alzaba más alto que su ambición.

Yo he combatido á los insurgentes, y sus sombras me rodean en este supremo instante... ¡Hidalgo!... ¡Allende!... ¡Matamoros!... ¡Bravo!... todos vosotros, los que caiste al golpe de nuestras armas, ¡perdón!... ¡perdón!... las luces de esta gloria que me rodea son todas vuestras... yo soy el usurpador de vuestra herencia; pero no entregaré á vuestros hijos al yugo de los conquistadores.

Cubriose el rostro con las manos, y en la óptica de sus recuerdos, atravesó la sangrienta historia de tantos años de sangre y de combates.

La frente del héroe brotó en sudor de congoja y su pecho se agitaba terriblemente.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío! ese trono está formado con los huesos de los mártires... es una impiedad apoderarme de él, es un sacrilegio...

Dejose oir un golpe de música seguido de aclamaciones entusiastas.

—¡Me llaman! exclamó reponiéndose de su vértigo, el pueblo acude, la fortuna bate sus alas sobre mi cabeza ¡he triunfado! ¡he triunfado!

CAPITULO XIII.

La leyenda de las tres esmeraldas.

I.

El ejército trigarante estaba al frente de la Capital.

Hacía trescientos años que el más sublime de los aventureros del siglo XVI, sitiaba la gran Tenoxtitlan, donde agonizaba el último resto del ejército mexicano.

La escena había cambiado después de tres siglos, los conquistadores eran á su vez vencidos por los conquistados, y estaban en el último reducto.

Las plazas, los castillos, las ciudades y los pueblos, todo había caido en poder de los insurgentes: solo faltaba el corazón de la antigua colonia, cuya arteria estaba abierta.

El destino realizaba la más brillante de las metamórfosis.

Para los americanos no llegarían las sombras aciagas de la *noche triste.* Mientras Iturbide firmaba lo tratados de Córdova con O-Donojú, las tropas vencedoras de la insurgencia circundaban á la capital.

Nada más alegre que el campamento de los independientes: cuando la victoria sacude sus alas sobre un ejército, un íris de esperanza se tiende en el cielo, y nadie recuerda que la muerte puede pasear con sus pendones por aquellos campos.

En una de las casucas de un pueblito cercano á la capital, estaba el coronel Piedra-Santa tomando sombra, y sus guerrillas se disponían á reconocer los lugares inmediatos, porque los realistas hacían salidas continuas de la plaza.

Novella, aquel virrey de última hora, deseaba sostenerse á todo